Muestra
promocional
Prohibida
su venta
© Santillana

www.loqueleo.com

© 2004, Leonor Bravo Velásquez
© De esta edición:
2016, Santillana S. A.
Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín
Teléfono: 335 0347
Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central
Teléfono: 238 1010
Guayaquil, Ecuador

ISBN: XXXXXX
Derechos de autor: 020283
Depósito legal: 2742Impreso en Ecuador por XXXXXX

Primera edición en Santillana Ecuador: Octubre 2004
Primera edición en loqueleo Ecuador: Junio 2016
X reimpresión en Santillana Ecuador: Junio 2016

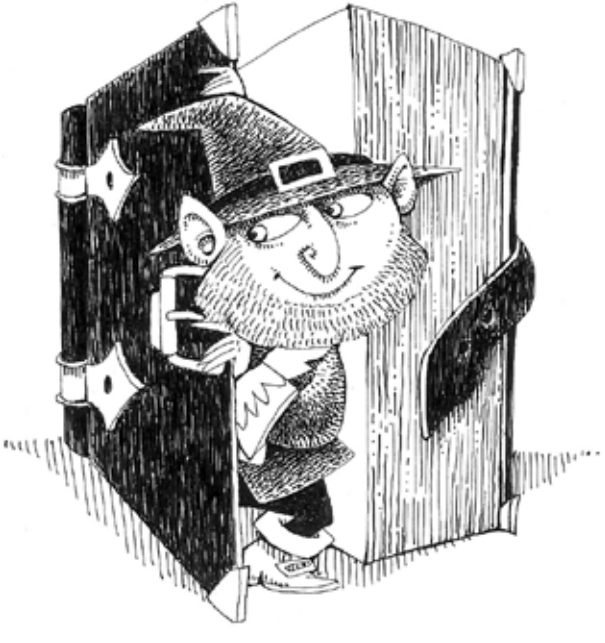
Editora: Annamari de Piérola
Ilustraciones: Pablo Lara
Diagramación: XXXXXXXX

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Muestra promocional
Prohibida su venta
© Santillana

La biblioteca secreta de La Escondida

Leonor Bravo Velásquez



loqueleo

Muestra
promocional
Prohibida
su venta
© Santillana

A mi hermana Sheyla, poeta.
Mi gemela irlandesa, fuente de inspiración, piedra en el zapato y mi mejor/peor amiga.

A mi hermanos, Daysi, Elizabeth, Germán, David y Mónica.
Amados compañeros de ideales y utopías.

Índice

Muestra promocional
Prohibida su venta
© Santillana

Camino de La Escondida..... 9
Siempre hay secretos en La Escondida..... 15
El testamento..... 20
Melcochas y bolas de maní..... 33
Un día no tan aburrido..... 38
El cuarto abandonado..... 45
La huerta del abuelo..... 54
La biblioteca secreta..... 61
Las clases de los sábados..... 80
Un becerro llamado Libro..... 83
Recetas para soñar..... 93
El agua es de todos..... 99
El libro de piedra..... 106
Los seres maravillosos y la asamblea..... 149
Un cuento para escribir..... 182
Un perfume para recordar..... 190

Camino de La Escondida

Muestra promocional
Prohibida su venta
© Santillana

«Venir de vacaciones donde los abuelitos es pleno», pensó Alegría con entusiasmo, a pesar del ligero mareo que sentía por la cantidad de vueltas que daba el camino de piedra, antes de llegar a la cuesta final que las llevaba, a ella y a su hermana Elisa, a La Escondida.

—¿Por qué le pusieron ese nombre tan raro a la hacienda? —preguntó a su mamá, que, desde hacía buen rato, manejaba en el más absoluto silencio.

—Porque está escondida de todo: está detrás del volcán, queda lejos de todas las carreteras transitadas y, aunque solo se encuentra a dos horas de la ciudad, parecería que está a miles de kilómetros de distancia, en el fin del mundo.

—A mí no me parece el fin del mundo.

—Ahora es más fácil llegar, pero antes de que construyeran el nuevo camino, había que dar una vuelta por el sur, subir al páramo de Junquillos, que es el más frío que conozco, y luego bajar.

—Lo bonito de ese camino era ver las lagunas y el salto de agua de la Maywapeña, que es enorme —intervino el papá.

—¿Qué quiere decir Maywapeña?

—Peña morada. Las rocas de esa parte de la montaña tienen ese color. Es un sitio sagrado para los indígenas porque dicen que el agua es mágica y cura todos los males.

—Hay montones de leyendas sobre este lugar.

—Cuéntame alguna, mami.

—Dicen que cuando en la hacienda no querían que alguna persona llegara, el monte entero se cubría de neblina, entonces, La Escondida desaparecía como por encanto y no había forma de encontrarla.

—Según tu abuelito, eso ocurrió en la guerra de la Independencia y en la Revolución Liberal: La Escondida fue refugio de patriotas y liberales, y mientras estuvieron en ella, nadie los pudo jamás apresar.

—¿Y las historias de las lagunas?

—En esta zona hay gran cantidad de lagunas. Las tres más importantes son: Inticocha, que es la más grande, en la que dicen los indígenas que se mira el sol y brilla en los días despejados; Killacocha, en la que se mira la luna cuando está llena y brilla durante esas noches; y Kuyllurcocha, en la que se miran las estrellas. Dicen que el 21 de junio brillan, durante una hora, las tres lagunas juntas y que a partir de esa fecha, el sol descansa durante una semana. Según las leyendas, cuando las lagunas se enojan, también pueden desaparecer a voluntad, se cubren de niebla y no se las ve desde ningún lado.

Muestra promocional
Prohibida su venta
© Santillana

—¿Y por qué se enojan?

—Cuando alguien con malas intenciones camina por sus orillas, cuando algún avaricioso pesca más de lo que necesita...

—¿Y ahora la hacienda ya no puede desaparecer?

—Ya no, por suerte. Imagínate que un día tu abuelito se sintiera cansado y no quisiera que nadie viniera a visitarlo.

—Nadie no. No creo que él se canse nunca de nuestras visitas, además él sabe que a nosotras nos encanta venir a La Escondida —dijo Alegría mirando a Elisa, que se acomodó mejor en su sueño.

—¡Cómo no les va a gustar, si su abuelito las consiente en todo! ¡Cualquier locura que se les ocurre, ahí está él para secundarlas! —dijo el papá.

—¡Mi abuelito es súper!

—¡Ay, hijita, sí!, pero cada día está más terco —se molestó un poco la mamá—. No entiendo esa manía que tiene de no querer teléfono, ni televisión, ni nada. ¿Cómo quiere que nos enteremos si algún día tienen algún problema o alguno de los dos se enferma? Siempre puede haber una emergencia.

—Él me dijo que si le pusieran teléfono ya nunca vendríamos de visita. Que tú te conformarías con llamarlo de vez en cuando y punto.

—¡Ay, mi papá y sus chifladuras!

—Lo que pasa es que don Nicolás se opone a todo lo que él llama «progreso». Por él viviría en la Edad de Piedra. Pero, ¿sabes qué?, a mí me gusta que mi suegro mantenga firme sus principios. Ya casi no hay personas así.

—En algunas cosas no le gusta el «progreso», pero en otras... Humm, tiene los últimos libros que se publican, los mejores discos de música clásica...

—Bueno, a él y a tu mamá les gusta el arte. En eso sí se dan sus gustos. Y está bien.

—Claro, pero yo soy su hija y me preocupa que estén tan aislados.

Mientras tanto, en La Escondida, los dos ancianos ya estaban frente al gran portón de madera, esperando a sus nietas. Parecían una postal enmarcada con las buganvillas fucsias que rodeaban la entrada, el cielo que esa mañana estaba limpio de nubes y el enorme nevado que brillaba a sus espaldas.

Junto a ellos estaban Yuma, la perra husky de la abuela, y Ciclón y Gaia, los pastores alemanes del abuelo. A su lado, Jacinta, la cocinera, María y Vicenta, las empleadas de la casa, y más atrás, los gansos y los patos. Todos habían salido a recibirlas.

La abuelita Tere era cariñosa y dulce, suavecita por todos lados, como un oso de peluche. Y el abuelo Nicolás era el mejor abuelo del mundo, aunque a veces hasta Alegría pensaba que estaba un poquito loco. Todas las vacaciones tenía una nueva ocurrencia para divertirlas. Un año, les propuso recoger durante semanas el rocío de las flores a las cinco de la mañana, para dárselo a los pájaros, mezclado con un poco de miel de caña, para que cantaran mejor. Otro año, les hizo recolectar escarabajos a las seis de la tarde para hacer carreras entre ellos. Y otro, aprender a caminar y hacer el sonido de cada uno de los animales de la hacienda. El abuelo Nicolás era la persona más divertida que Alegría había conocido y a la que más le gustaban los libros.

Los perros acompañaron la marcha del vehículo antes de que este se detuviera y una vez que Alegría y Elisa se bajaron, las derribaron al piso, lamiéndolas por todos lados.

—¡Fuera, Yuma! ¡Sal de aquí, Ciclón! ¡Gaia, no molestes! —gritó en vano doña Teresita, mientras sus dos nietas jugaban a las luchas con los enormes perros, hasta que estos se tranquilizaron un poco.

—¡Qué grandes están! ¡Y qué preciosas! —dijeron a coro los abuelos, mientras las llenaban de besos y les ordenaban el pelo y la ropa.

Muestra promocional Prohibida su venta © Santillana

—¡No saben cuánto las hemos extrañado!

—Nosotras también, abuelita —dijo Elisa mimosa.

—Deben estar cansados y hambrientos, vengan a desayunar, que está todo listo.

—¿Nos guardó nata doña Teresita? —preguntó Alfonso, abrazando a su suegra.

—Claro, hay todo lo que les gusta a ustedes: quesillo tierno, dulce de membrillo, tortillas de maíz... ¿Crees que me olvido de lo golosos que son ustedes? Sobre todo tú, Alfonso.

—... ¡Y huevos tibios de gallo y gallina enamorados! —dijo riéndose don Nicolás—, no esos huevos con sabor a pescado que comen ustedes en la ciudad.

Adentro, en la gran cocina, ya había servido el desayuno Jacinta, la vieja cocinera que vivía en la hacienda desde muy pequeña y que era como parte de la familia. La habían ayudado María y Vicenta, dos jóvenes de la comunidad vecina, que colaboraban en los quehaceres que demandaba la enorme casona.

Luego de la sobremesa, Lucía y Alfonso entregaron a los dos ancianos, junto con las maletas, una larga lista de recomendaciones para los meses que sus hijas iban a pasar con ellos.

—Papá, te ruego que no me las malcríes tanto. Después, cuando regresan a la casa, nos quieren volver locos con sus ocurrencias —dijo Lucía.

—¡Los abuelos estamos para consentir y los papás para

Muestra promocional

disciplinar! Y que cada quien cumpla bien con su trabajo. Tú también tuviste abuelos consentidores. ¿O no te acuerdas? Ahora es el turno de ellas —dijo don Nicolás mientras abrazaba a su hija.

—Pero a usted se le va un poquito la mano en eso de consentir —dijo Alfonso y guiñó un ojo a su suegro, por quien sentía un especial cariño.

—No se preocupen por nada, muchachos, ustedes saben que ellas la pasan muy bien aquí y nadie mejor que nosotros para cuidarlas y quererlas —dijo doña Teresita.

—¡Ya sé, mamita! Alfonso y yo sabemos que este es el mejor sitio para ellas. Más bien nos da pena darles tanto trabajo a ustedes durante las vacaciones, pero si no las traemos, pueden morirse de tristeza.

—Ellas y nosotros —agregó el abuelo, acariciando la cabeza de sus nietas—. Vayan con confianza a su viaje. No trabajen demasiado. Aprovechen para descansar y divertirse juntos. Los dos trabajan tanto durante el año, que también se merecen unas vacaciones.

—Ya ve lo que digo, hasta a nosotros nos consiente —dijo Alfonso, abrazando a don Nicolás.

Siempre hay secretos en La Escondida

muestra promocional
Prohibida su venta
© Santillana

A Alegría y Elisa les encantaba venir a La Escondida. Al principio extrañaban la televisión y la computadora, pero a los pocos días ya ni se acordaban de ellas, porque el abuelo les contaba cuentos todas las noches y, durante el día, leían, montaban a caballo, jugaban, cocinaban con la abuelita, pintaban, sembraban... Y los sábados, hasta podían hacer de profesoras, porque don Nicolás y doña Teresita habían destinado ese día a enseñar diferentes cosas a los niños y jóvenes que vivían en los alrededores de la hacienda y el pueblo vecino.

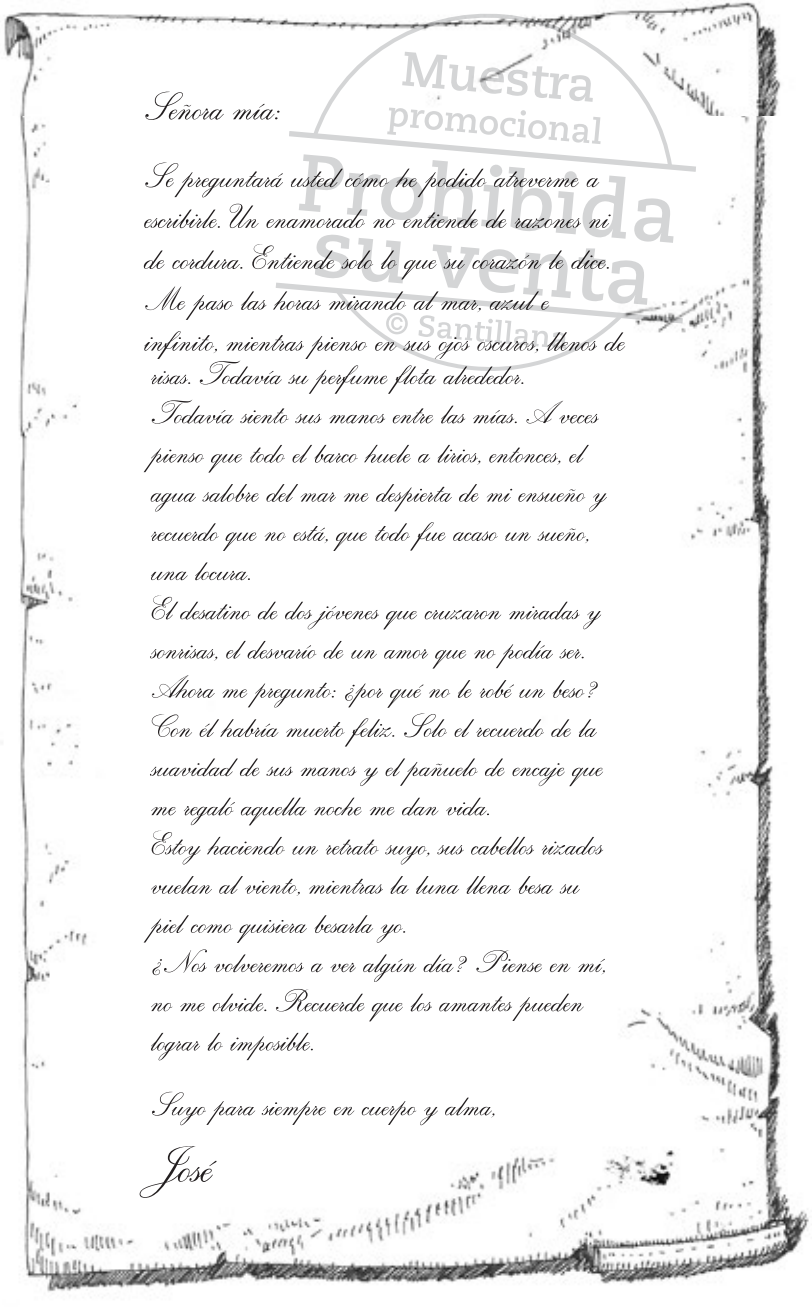
A los abuelitos también les encantaba que sus nietas vinieran a la hacienda. Los años anteriores, habían venido también Catalina, Francisco, Lorena y Joaquín, sus otros nietos. Pero este verano, se habían ido a la Costa, unos a la playa y los demás donde sus otros abuelos, a la ciudad del puerto. Cuando estaban todos, la vieja casa se volvía una locura, pero don Nicolás y doña Teresita, que pasaban la mayor parte del año solos, disfrutaban del barullo. Se dedicaban a mimarlos, a atenderlos y les dejaban hacer casi todo

lo que ellos querían, menos pelear o irse a lugares muy distantes sin avisarles.

Lo mejor de ir de vacaciones a La Escondida era que siempre había secretos y misterios que descubrir. La casa de los abuelitos era enorme, con dos patios internos y un montón de cuartos que ya no se usaban, con armarios y cofres llenos de antigüedades. A ellos no les gustaba que sus nietos hurgaran por ahí porque decían que podían encontrar arañas, escorpiones o enfermarse con el polvo, pero tampoco lo prohibían.

El mayor descubrimiento del verano pasado, fueron las cartas de amor de cuando la mamita Alegría, en realidad tatarabuela de ellas, tenía quince años. Estaban escondidas en el cajón secreto de un bargueño colonial, en medio de pañuelos perfumados. El remitente era un joven marino español que la había conocido en un viaje que ella hiciera con sus padres. Las cartas venían de distintos lugares: San Francisco, Barcelona, Marsella, Hong Kong... El hallazgo provocó cierto alboroto aun entre los mayores, puesto que la tatarabuela se casó unos años más tarde con el tatarabuelo, que no era —ni había sido jamás— marino.

Los niños leyeron las cartas y les causó risa el florido lenguaje con el que estaban escritas:



Señora mía:

Se preguntará usted cómo he podido atreverme a escribirle. Un enamorado no entiende de razones ni de cordura. Entiende solo lo que su corazón le dice. Me paso las horas mirando al mar, azul e infinito, mientras pienso en sus ojos oscuros, llenos de risas. Todavía su perfume flota alrededor.

Todavía siento sus manos entre las mías. A veces pienso que todo el barco huele a lirios, entonces, el agua salobre del mar me despierta de mi ensueño y recuerdo que no está, que todo fue acaso un sueño, una locura.

El desatino de dos jóvenes que cruzaron miradas y sonrisas, el desvarío de un amor que no podía ser. Ahora me pregunto: ¿por qué no le robé un beso? Con él habría muerto feliz. Solo el recuerdo de la suavidad de sus manos y el pañuelo de encaje que me regaló aquella noche me dan vida.

Estoy haciendo un retrato suyo, sus cabellos rizados vuelan al viento, mientras la luna llena besa su piel como quisiera besarla yo.

¿Nos volveremos a ver algún día? Piense en mí, no me olvide. Recuerde que los amantes pueden lograr lo imposible.

Suyo para siempre en cuerpo y alma,

José

Muestra promocional
Prohibida su venta
© Santillana